XV Domingo del Tiempo Ordinario C

Los peligros del amor

"Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Jesús le dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó"... San Lucas, cap. 10.

El sitio se llamó Adommim, "lugar de los sanguinarios". Era un rellano en la cuesta que baja desde Jerusalén a Jericó, donde las rocas se han teñido de un ocre rojizo. Los científicos explican el fenómeno por la aleación del manganeso con el hierro. Los beduinos y los poetas aseguran que allí se ha derramado mucha sangre. Y según la tradición, en aquel paraje contó Jesús la parábola del buen samaritano.

Un doctor le pregunta al Señor qué debe hacer para heredar la vida eterna. En otras palabras: Qué es lo esencial, entre aquella maraña de mandatos que los rabinos presentaban al pueblo.

El Maestro remite a su interlocutor al capítulo sexto del Deuteronomio, donde se contiene el Shemá, el credo judío que los piadosos recitan varias veces cada día: "Escucha, Israel, amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tu fuerzas". El letrado se sabe de memoria este párrafo y le añade una frase del Levítico, "Amarás al prójimo como a ti mismo". Aunque entonces la palabra prójimo apenas cobijaba a los parientes, los vecinos, los de la misma raza y religión.

Jesús concluye simplemente: "Haz esto y tendrás la vida".

Pero no valía haber buscado al Maestro para algo tan obvio. Por esto aquel hombre vuelve a preguntar: "¿Y quién es mi prójimo?".

Jesús no responde con teorías: Le cuenta a su interlocutor una historia: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de los bandidos que lo molieron a golpes, dejándolo medio muerto"... Por el mismo camino pasó un sacerdote. Pero al ver al herido, siguió de largo. Lo mismo hizo un levita.

Si embargo, un samaritano, aquel a quien el pueblo tenía por hereje y cismático. Aquel que no llevaba los versos del Shemá sobre su frente, ni en los flecos del manto, sintió compasión del moribundo y se acercó para ayudarlo. Le vendó las heridas. Lo condujo al mesón en su cabalgadura. Luego entregó denarios al posadero, diciéndole: "Cuida de él y lo que gastes de más, te lo pagaré a mi regreso".

El letrado escuchaba en silencio. Se había pasado la vida teorizando sobre los 613 preceptos de la ley, separando los 248 positivos de los 365 prohibitivos. Ahora cada frase del Maestro le golpeaba el alma.

Al terminar, Jesús le responde, preguntando a la vez: "¿Quién se portó aquí como prójimo del hombre malherido?".

Saber quien es mi prójimo es teoría estéril. Comprender cuando soy prójimo de quien me necesita, es un camino de amor y de misericordia.

Esta parábola nos dice que el amor verdadero es peligroso. A aquel viajero que venía de Samaría el amor le desbarató sus planes, le robó tiempo y le vació la alforja. Siempre ha sido más cómodo ver el dolor ajeno, pero seguir de largo para teorizar sobre las causas del problema.

Pero a los discípulos de Cristo se nos pide sucumbir a los peligros del amor. Como dice san Juan: “No amemos de palabra ni de boca, sin con las obras y en verdad”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y